

II Domingo Cuaresma

Génesis 15, 5-12. 17-18; Filipenses 3, 17. 4,1; Lucas 9, 28b-36

« *Maestro, ¡qué bien estamos aquí! ¡Hagamos tres tiendas!* »

24 Febrero 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« *Nos olvidamos de lo central de la vida de Cristo. Él es reconocible en sus heridas. Tal vez porque su vida fue dejarse el corazón hecho jirones. Así dejó su amor entre nosotros* »

No sé bien por qué pero nos cuesta mucho mostrarnos tal y como somos. Tal vez porque no estamos tan contentos de nuestra vida y no queremos que vean los otros nuestras heridas. Cuando contemplamos a Jesús recorremos su camino. Lo vemos aclamado por las masas. Escuchamos sus palabras que tienen vida eterna. Contemplamos escondidos esos milagros que nos llenan de esperanza. Lo vemos transfigurado en el Tabor, sin temor, sin esconder nada, con el alma henchida. Es el fuego de la zarza ardiente que no se consume. Así queremos vivir. Con la sensación de seguridad que da el seguir al Maestro que da luz allí por donde pasa. Sus palabras devuelven la vida y sus gestos sanan. ¿Cómo vamos a temer si Él está con nosotros? ¿Cómo dudar de su amor? Sin embargo, nos conmueve ver su debilidad en el camino al Calvario. Nos duele verle caído bajo el peso del madero, nos atormentan los latigazos injustos sobre su espalda, los clavos y el desprecio, el dolor en sus ojos. Nos conmueve y turba el seguir a un Dios impotente que parece no salvar y muere. Nos da miedo permanecer quietos al pie de esa cruz fría y extraña, quizás tememos seguir la misma suerte. Es lo que nos pasa con nuestra vida. Nos gustan los días de sol y de aplausos, los trajes impecables, las metas logradas, nos alegra una vida sin sobresaltos, siempre lineal y ascendente. Nos cautiva pensar en la plenitud de un amor siempre correspondido. Deseamos conservar siempre la fuerza de nuestras palabras y el vigor de nuestros actos. Así, sin heridas. Porque las heridas nos desconciertan. Quisiéramos taparlas y que no existieran. Quisiéramos vivir siempre en un monte que nos hiciera exclamar: « *¡Hagamos aquí tres tiendas!* ». Nos da alegría el color blanco, sin manchas y una voz que nos recuerde que nuestra vida merece la pena. Sí, sin heridas, sin caídas, sin sombras, sin nada que ocultar. Con la piel joven y tersa. Una imagen agraciada que no envejece, que no pasa nunca. Nos rebelamos, sin embargo, contra lo que no es como queremos. Rechazamos por eso las heridas de los otros y las de Cristo. Nos alejamos como temiendo que en algo nos toque su pecado, o su dolor, o su mala suerte. Nos escondemos para evitar el contagio. Preferimos vivir nuestra vida junto a aquellos que, en apariencia, no tienen heridas. Nos olvidamos de lo central de la vida de Cristo. Él es reconocible en sus heridas, sólo en ellas. Cuando vuelve a su encuentro, superada la muerte, lo reconocen en las heridas que afean su cuerpo. No lo reconocen en los milagros nuevos, sino en su amor marcado por heridas. Tal vez porque su vida fue dejarse el corazón hecho jirones. Así dejó su amor entre nosotros. **Así debería ser nuestra vida. Sin miedo a lo que somos, sin escondernos.**

Quizás por eso la gran tarea del hombre pasa por reconciliarse consigo mismo, con su historia, con su vida, con su pasado. Con esas heridas que afean el alma y esas pérdidas que siembran soledades. Con las caídas que nos hacen temer el futuro y los errores que aún no perdonamos: « *Muchos viven sin reconciliarse consigo mismos, divididos interiormente, descontentos de sí y de todos, protestando continuamente contra las personas que les depararon este destino, y también protestando contra Dios, a quien hacen responsable de su situación. No paran de soñar cómo les gustaría ser. No viven el momento presente, están continuamente absortos en sus* »

*ilusiones. Y así echan a perder su vida»¹. Muchas veces nos resulta difícil enfrentarnos con nuestra propia miseria personal. Negamos las heridas que nos hacen sangrar y nos negamos a que nos vean heridos y desnudos. Hablamos mucho de la libertad interior frente a lo que somos, pero no siempre crecemos en este aspecto. Tenemos que aprender a pasar por alto muchas de nuestras debilidades y defectos para poder caminar con el corazón en paz. Nos olvidamos de lo esencial que me comentaba una persona: «Me parece un milagro que, de un desgarrón torpe por mi pecado y mi debilidad, Él puede hacer una puerta de entrada abierta para siempre entre Él y yo. Ahora nuestro corazón herido puede templarse en el molde del de Jesús, también roto. Ése es el anhelo de toda mi vida, tener un corazón que se parezca al de Jesús. Imposible ¿eh? Y he descubierto que sin heridas no puedes ser misericordioso como Él. «Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía» (Oseas 11). Él usa lo más humano de nosotros para atarnos a su corazón». Lo más humano en nuestro interior es esa debilidad que despreciamos, es ese desgarrón sucio y torpe, es esa miseria que parece hacernos indignos del respeto y el amor del mundo. Pero Dios nos atrae con cuerdas humanas. Con lazos humanos. Con el amor humano y herido. Nos atrae hasta lo más profundo del corazón. Hasta lo más hondo de su corazón de Padre. Dice Sta. Teresita en una carta a su hermana Celina escrita desde el Carmelo: «¿Quisiéramos no caer nunca? ¿Qué importa, Jesús mío, que yo caiga a cada instante? Veo en ello mi debilidad, y esto es para mí una ganancia grande. Vos veis en ello lo que puedo hacer, y por eso os sentiréis más inclinados a llevarme en vuestros brazos. Los santos encontraban su cruz precisamente cuando estaban a los pies de nuestro Señor. Celina querida, ¡Si conocieses mi miseria! La santidad no consiste en decir grandes cosas, ni siquiera en pensarlas, ni en sentir las. La santidad consiste en aceptar el sufrimiento». La vida entonces no consiste en no caer nunca, en permanecer inmaculados. En las caídas aparece Jesús dispuesto a llevarnos en brazos. Una persona comentaba el otro día: «A veces pienso que me gustaría no tener pecado original, para no pecar nunca, para no hacer nunca lo que no deseo en el corazón, para no apartarme de Dios». Pero no es posible. **Conocemos la miseria que nos lleva a Dios. Es la puerta.***

No obstante, en ese camino de aceptación de nuestras heridas, tenemos que aceptar que nuestros cimientos humanos se vengan abajo. Sólo así podremos construir sobre roca firme. Es necesario amarnos con nuestra vida rota, aunque nos duela abrazarla. Una vida rota y sucia, sin murallas que oculten la debilidad. Es esa herida de nuestra alma. Esa herida que nos duele y nos da miedo, porque somos tan humanos. Allí mismo está el sello de Dios que dice que somos suyos, que le pertenecemos, sí, justo allí, aunque nos duela. Es su marca y siempre será su camino para tumbarnos, cuando pensemos que somos poderosos, cuando creamos que no nos hace falta. Entonces, después de esas caídas despreciables, cuando nada parezca digno y envidiable en lo que somos y hacemos, cuando nuestros méritos no brillen y no sea nuestra fama la que nos preceda. Cuando experimentemos la soledad y el desprecio de los hombres. Cuando no veamos la luz que anhelamos y pensemos que no hay perdón posible para tantas heridas en la oscuridad de la noche. Cuando exclamemos con dolor, como Jean Valjean, el protagonista de la obra «*Los miserables*», «*soy un miserable*». En esos momentos de oscuridad estaremos dando el paso que nos permitirá entender que nuestra vida sólo es plena con heridas. Y así tendrá sentido ese miedo que tenemos al futuro, ese miedo a volver a caer, a no ser fieles a sus deseos. Ese miedo nos llevará a Dios como decía el P. Kentenich: «*La bendición más grande que trae consigo el miedo consiste en ese estímulo a buscar seguridad y cobijamiento en un plano superior. No busquéis tranquilidad y seguridad en el mismo plano en el que vivís, sino en uno superior, en Dios. Es lo que Dios quiere, es el sentido del miedo. Dios quiere que hallemos seguridad en lo alto. Que encontremos amparo en la entrega a Él, sencilla y filial*»². No podemos permanecer inmaculados y sin mancha. Lejos de Dios no tenemos seguridad ninguna. En nuestra debilidad entendemos que sólo Dios nos sostiene. **Nuestro pecado es parte de nuestro camino. Seremos reconocibles por Dios sólo en nuestra misma herida.**

¹ Anselm Grün, «Portarse bien con uno mismo», 84

² J. Kentenich, «Niños ante Dios», 257

Cuando experimentamos la debilidad, cuando miramos nuestra miseria, nos cuesta pensar que Jesús quiera estar con nosotros. Pensaba que, en el momento del Tabor, Jesús se llevó sólo a tres discípulos con Él a lo alto del monte: *«En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar»*. Se los llevó a orar. Jesús pasó cuarenta días en el desierto orando en soledad y en esta ocasión sube con sus discípulos a lo alto de un monte a orar. ¿Por qué no sube con todos? ¿Por qué se deja a algunos y los priva de la contemplación de su gloria? Nunca lo entenderemos del todo. Tal vez pensamos que debía ser una cuestión de dignidad. Se llevó a los mejores, a los más dignos, a los más inmaculados. Pero luego pensamos en Pedro y en su pecado y vemos que no fue ésa la razón. Tal vez fue cuestión de cariño, de intimidad. Eligió a los que más quería. Juan era el discípulo amado. ¿Estaríamos nosotros en ese grupo de tres? ¿Nos sentimos amados por Dios de una forma tan especial? ¿Subiríamos nosotros con Él el monte? En realidad nos cuesta imaginarnos elegidos en esa escena. Pero sí que nos encantaría subir con Él hasta lo alto del monte, porque nos gusta pasar el tiempo a su lado. Nos importa sabernos queridos. Queremos experimentar su cariño y cuidado. No nos gusta el desprecio y siempre queremos que alguien nos recuerde que valemos. Queremos experimentar lo que una persona comentaba: *«Él debe conmoverse y creo que te quiere muchísimo, mucho más en tu debilidad. Él te eligió y no te va a dejar nunca»*. Estas palabras nos hacen tomar conciencia de la elección de Dios. Es por eso que nos gustaría estar en el grupo de los elegidos. Para no dudar, para tener la certeza de su amor. Para creer en ese amor incondicional e inabarcable, ese amor que nos levanta del barro. Es cierto, Dios no nos va a dejar que nos alejemos de Él. Dios nos quiere y nos elige para subir con Él al Tabor. Cada uno tendrá su momento en la vida en el que experimentará esta llamada del Señor a estar con Él. Nuestro Tabor será el lugar en el que Dios nos mostrará su amor y nos hará exclamar arrebatados: *« ¡Qué bien estamos aquí!»*. Y **tendremos que volver siempre de nuevo a esa escena de nuestra vida para levantarnos de nuevo después de cada caída, para volver a confiar.**

Subir al Monte Tabor es una experiencia de Dios, es un momento de cielo. Al fin y al cabo, como dice San Pablo, somos ciudadanos del cielo: *«Seguid mi ejemplo, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, su vergüenza. Sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérsele todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos»*. Filipenses 3, 17. 4,1. No queremos que el mundo con sus halagos nos haga claudicar de nuestros sueños. No queremos que el hambre de la tierra nos haga perder de vista el cielo. Queremos subir por eso a lo alto del monte, porque impresiona observar el mundo a nuestros pies. Desde la altura todo adquiere una tonalidad distinta. En Tierra Santa el Monte Tabor es un monte en mitad de una gran llanura. Un monte que se observa desde todas partes. Un monte desde el cual nuestra mirada adquiere una nueva perspectiva. Así queremos aprender a mirar nuestra vida y nuestro pecado. Desde lo alto de un monte, desde lo alto de la oración, porque desde allí parecen insignificantes nuestras caídas y vemos pequeñas nuestras heridas. Las cosas importan menos, nuestros miedos entonces pierden fuerza y las amenazas que nos angustian pensando en el futuro dejan de tener valor. Es como si la vida adquiriese un color diferente, totalmente nuevo. Es como si los miedos sucumbiesen al cambiar el lugar en el que están puestas nuestras seguridades. Decía el P. Kentenich: *«Aquí en la tierra no hay seguridad alguna que pueda serenarnos. Sólo hay un péndulo que oscila en el aire. La solución de todos los problemas reside en la vinculación íntima, sencilla y filial al Padre»*³. Es la seguridad del péndulo a la que aspiramos. Todo se tambalea a nuestros pies, pero nosotros estamos anclados a lo alto y escuchamos: *«Es grandísimo el amor que te tengo, supera tus deficiencias.*

³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 296

Cede. Entrégate del todo. Descansa en mi corazón que tanto te busca». Queremos ceder a ese amor que nos eleva y sostiene. Queremos dejar que su amor nos llene, sin resistencias.

Pero es necesario experimentar antes que somos perdonados por ser como somos, precisamente en nuestras heridas, y entender que un amor más grande que nuestra indigencia nos socorre y nos levanta de nuestro barro. Es el amor de Dios que calma nuestro corazón y nos hace experimentar la paz del alma: *«Una voz desde la nube decía: - Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto».* Lucas 9, 28b-36. Cuando experimentamos la misericordia en una mirada, en un gesto, en un abrazo, la vida comienza a ser diferente. Permanecemos callados y sobrecogidos. El silencio del alma es nuestra respuesta. Nos desborda un amor inmerecido. Y de la misericordia que recibimos brota el deseo de llevar a otros la misma misericordia. Una persona lo explicaba así: *«El Señor, que conoce mis pensamientos e intenciones, es misericordioso conmigo; por lo tanto, yo debo serlo con los demás. Si a un hermano o ser querido le perdono aquello que me desagrada y no se lo tengo en cuenta, a quien me ha herido tengo que disculparle también. No hay nadie completamente malo pues todos amamos a alguien y ese amor que brota en todo ser humano es el reflejo de Dios en nosotros».* La misericordia recibida como una gracia nos hace misericordiosos. Y despierta en nosotros el deseo de optar por el bien. Al menos se produce esa lucha en el alma por cambiar la vida para siempre. En esa lucha se debatía Jean Valjean en *«Los miserables»* después de haber recibido el abrazo del obispo y su misericordia: *«Una voz le decía al oído que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que ya no había término medio para él. Que si desde entonces no era el mejor de los hombres, sería el peor, que si quería ser bueno debía ser un ángel y si quería ser malo debía ser un monstruo. Ya no era el mismo hombre, todo había cambiado en él y no había estado en su mano evitar que el obispo le hablase y lo conmoviese»*⁴. Es la lucha de nuestra vida. Pero, ¿y si volvemos a caer? ¿Y si de nuevo caemos de lo alto del monte y en el valle nos descubrimos miserables, pobres, torpes y de barro? Nos asusta esa vuelta al pecado. Nos inquieta caer de nuevo pese al deseo de ser santos que brota en el alma. Quisiéramos suplicar como Pedro: *« ¡Hagamos tres tiendas!»*. No queremos volver a la pobreza de nuestra vida. No queremos volver a ser pecadores. Pero la realidad es que, con frecuencia, no sabemos manejarnos y nos movemos en la mediocridad. Las heridas y el perdón, la frustración por el fracaso y la aceptación de nuestra vida como es. La lucha por ser mejores, el deseo por tocar la pureza de Dios. Aunque sólo sea con los dedos. Por eso es tan importante subir al monte de Dios, para reconciliarnos con lo que somos, con nuestra vida: *«Reconciliarse consigo mismo significa hacer las paces consigo, poner fin a la pelea entre los distintos pensamientos y deseos enfrentados entre sí, tranquilizar el alma dividida, besar todo lo que hay dentro de cada uno. Decir sí a mi vida tal como ha transcurrido»*⁵. El desierto de la cuaresma es una oportunidad para enfrentarnos con nuestros fantasmas y miedos, para entregar nuestra miseria a Dios, con las manos abiertas y sin miedo. Es el lugar en el que nos **reconciliamos con nuestro pasado, con todo lo que nos pesa e inquieta en el alma.**

Pero a veces el sueño y el cansancio nos impiden estar atentos en nuestra lucha. En lo alto del Monte Dios nos hace ver su gloria y nos recuerda hacia dónde vamos: *«Pedro y sus compañeros se caían del sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: - Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube».* La cuaresma es un tiempo de conversión. Caminamos a su encuentro pidiendo la gracia de ser transformados por su amor. El Monte Tabor nos recuerda lo que estamos llamados a ser. Nos muestra el ideal hacia el que caminamos. Queremos hoy repetir con el salmo: *«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará*

⁴ Víctor Hugo, “Los miserables”, 62

⁵ Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 84

temblar? Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor». Sal 26, 1. 7-8a. 8b-9. 13-14. Nos cuesta creer a veces en el poder transformador de la gracia, en la presencia transformadora de su amor. En el Monte Tabor Jesús se muestra en su esplendor. Allí no hay oscuridad, sólo luz. Allí somos lo que somos sin nada que ocultar. Allí vemos el rostro de Dios. Quisiéramos contemplarlo y tener paz en el alma. Como los niños que confían siempre y se abandonan. Decía Benedicto XVI: *«Convertirse significa seguir a Jesús de forma que su Evangelio sea guía concreta de la vida; significa dejar que Dios nos transforme, dejar de pensar que somos nosotros los únicos constructores de nuestra existencia; significa reconocer que somos criaturas, que dependemos de Dios, de su amor, y solamente “perdiendo” nuestra vida en Él podemos ganarla»*. Es la conversión que desea el alma cuando se abandona como los niños en las manos de Dios. Para ello nos hacemos eco de la recomendación que le hacen al peregrino ruso en su búsqueda de Dios: *«Procura consagrar todo el tiempo del día a la oración e invoca el nombre de Jesús sin preocuparte de otra cosa, entregándote humildemente a la voluntad de Dios y esperando su ayuda. Él no te abandonará y dirigirá tu camino»*⁶. Queremos aprender a rezar, a orar en presencia de Dios. Necesitamos subir al monte. Buscar la soledad de Dios. Recordar que su rostro se oculta entre las peñas. Entender que sólo en la soledad de Dios rozaremos el amor de nuestra vida. La oración transforma el alma, transforma incluso nuestro rostro: *«Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén»*. Mientras oraba cambió el rostro de Cristo y sus vestidos se volvieron blancos. La oración, el tiempo que perdemos con Dios, que a veces nos parece improductivo, va blanqueando nuestra alma. Perder el tiempo con Dios es el secreto de nuestro caminar con Cristo. Ese tiempo a su lado va haciéndonos más dóciles y nos hace llevar su luz. Decía el P. Kentenich: *«La autenticidad y solidez del carácter, así como la confiabilidad de la persona, se miden por la seriedad con la cual uno vuelca su consagración a la vida cotidiana»*⁷. **Nos queremos tomar en serio nuestra consagración a Dios y a María. En su amor somos enviados.**

Recorremos la Cuaresma de la mano de María. Ella nos acompaña y nos toma de la mano. Nos invita a cambiar, a tomarnos la vida más en serio. La alianza con Ella es el camino por el que queremos volver la mirada hacia Dios: *«Toda renovación de la alianza que se expresa en dicha consagración significa una nueva decisión por Cristo, por su persona, pro sus intereses y por su reino. Incluye un nuevo movimiento de la voluntad desde abajo hacia lo alto, una rededición por él, y simultáneamente un movimiento de la gracia desde lo alto hacia abajo, desde él hacia nosotros. Un crecimiento en una comunión de amor entre nosotros y él y el Dios Trino»*⁸. Al renovar nuestra alianza de amor con María, renovamos nuestro amor a Cristo. Nos decidimos por Él de nuevo, por seguir sus pasos hasta el Calvario. Hacemos de nuevo el camino de Abrahán cuando Dios le pidió dejarlo todo: *«En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrahán y le dijo: - Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Y añadió: Así será tu descendencia. Abrahán creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo: Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos para darte en posesión esta tierra. El replicó: Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla? (...) Aquel día el Señor hizo alianza con Abrahán en estos términos: A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río Éufrates»*. Génesis 15, 5-12. 17-18. En nuestra alianza con María damos vida a nuestra alianza con el Señor de nuestra historia. Recibimos la promesa de plenitud. No sabemos bien cómo se cumplirá esa promesa que nos hace, pero confiamos en su fidelidad, en su amor. Dios es siempre fiel, no nos deja, nos toma de la mano. La Cuaresma es una invitación a poner nuestra mirada en el camino recorrido. **Dios ha inscrito nuestra vida en su corazón y sus heridas son nuestras propias heridas.**

⁶ Peregrino Ruso, 24

⁷ J. Kentenich, “Kentenich Reader II”, 73

⁸ J. Kentenich, “Kentenich Reader II”, 71